

Dear Dr. Winnicott...

Mabel Marcinavicius*

El 9 de junio de 1964 Winnicott atendió por quinta vez¹ a la pequeña Piggie, en ese momento de dos años y ocho meses. Al final de la sesión, de una manera confusa (son sus propias palabras), le planteó al papá –que la llevaba en tren desde Oxford, donde vivían, al consultorio de Winnicott en Londres– la necesidad/posibilidad de un análisis con otro analista cinco veces por semana (un análisis *full scale*).² Percibiendo el malestar que había provocado en los padres, les escribe luego pidiéndoles perdón. Les aclara que, en su **meditada** opinión, el de Piggie no dejaba de ser un verdadero análisis, aunque las sesiones fueran más esporádicas. Se da cuenta, además, de que viajar a Londres con mayor frecuencia sería una complicación para toda la familia y confía, por sobre todo, en que la niña va a poder tener una “recuperación natural” con un poco de ayuda de su parte. Hasta esta sesión ese “poco de ayuda” fue nada menos que introducir y posibilitar el jugar en las sesiones.

The Piggie, sobrenombre de Gabrielle, había tenido una hermanita (Susan) un año atrás. Había sentido muchos celos, mucha angustia, hasta que los celos se aquietaron –vía formación reactiva– y se volvió compasiva y tierna con ella. Pero la angustia comenzó a acosarla cada vez más, a través de pesadillas terroríficas que la despertaban: una “mamá negra” reclamaba sus “*yams*”³ y tenía dificultad para dormir por culpa de un “babacar”, acerca de cuyo significado preguntaba insistentemente, convirtiéndose en significante príncips de la transferencia simbólica.

El encuadre aquí y allá, ahora y entonces

En 2013 tuvimos el gusto de recibir en APdeBA al Dr. Hinshelwood, reconocido analista británico. Los analistas en formación le consultaron su opinión sobre la discusión

* mmarcinavicius@gmail.com / [CV](#)

¹ La primera había sido el 3 de febrero de 1964.

² A escala real.

³ *Yam: to eat* (comer).

que en ese momento tenía en vilo a nuestra institución: la mínima frecuencia de sesiones para pensar en un análisis (dos, tres...). El Dr. Hinshelwood pareció no entender. En la Sociedad Británica las cinco veces por semana se daban por sentado. El asombro entonces fue nuestro.

¿El valor de esta frecuencia tendrá que ver con el apego al formato de las cinco veces por semana que utilizaba Freud para tratar a sus pacientes?⁴ En otros países, sin embargo, en distintas sociedades de la IPA, esto se ha modificado. En Francia, por ejemplo, es de tres sesiones semanales. Y aun así se puede constatar la misma "sacralización" de las normas, si podemos llamarlo de ese modo. El encuadre se vuelve "intocable". Toda innovación, entonces, puede ser vivida, por lo menos al principio, como transgresión a preceptos simbólicos fundantes (el momento de "confusión" del que habla Winnicott). Me alegró entonces que entre nosotros se hubiera constituido en un tema de debate. Pensé que quizá de sostener este debate, esta tensión se trata, tanto dentro de cada institución como en el juego de fuerzas generalizado en nuestra cultura, para el futuro del psicoanálisis.

Un psicoanálisis a demanda

Así lo llama Winnicott. La veía a Piggie cuando ella lo pedía, o mejor dicho cuando reiteraba su pedido. Según los padres, era notorio cómo crecía el sentimiento de "estar madura" para otra sesión. Y la paciente retomaba los hilos como si no hubiera mediado tanto tiempo entre una sesión y otra.

Winnicott enfatiza la vitalidad de este análisis a diferencia de aquellos tratamientos en los que "no pasa nada". Se refiere a las "rutinarias terapias de una vez por semana". Pero sabemos ahora que ni siquiera la alta frecuencia garantiza un proceso psicoanalítico si no hay demanda en juego.

Desde Lacan, *demanda* es demanda al Otro, tesoro del significante, en tanto el lenguaje es pre-existente. Y se adjudica al lugar del Otro un sujeto de Saber, ilusorio: el Sujeto Supuesto Saber.

Winnicott, en las primeras sesiones con Piggie, le da gran importancia a la pregunta por el "babacar" y a cómo el analista debe responder (más bien no responder) a esa interrogación. Al principio acepta "saber" y lanza una interpretación un poco a ciegas para que se instale la creencia en el análisis. Interpretación que luego comprobó como equivocada.

⁴ El propio Freud se quejó, en una carta a Ferenczi, de que los demás analistas siguieran sus pasos demasiado al pie de la letra, cuando el encuadre que él utilizaba simplemente era el que personalmente le resultaba más cómodo.

Pero en la segunda sesión le dice: "Lo vamos a averiguar juntos". Y comenta la importancia de que él no comprendiera sobre el "babacar" antes de que la misma Piggle le hubiera dado pistas, señales (para una interpretación verdadera).

¿De quién es la demanda?

Los niños dirigen en principio su demanda a los padres, que son los que encarnan el lugar del Otro. El Otro-madre o padre detenta para ellos el Saber, otorga la significación. Pero cuando los padres fallan, puede surgir la consulta a un analista de niños, lo que resulta en un redireccionamiento del lugar del Gran Otro. Todo esto entramado en la conflictiva personal edípica de ambos. Entonces, si no podemos ir más allá del niño, la interrupción de los tratamientos que suele ocurrir cuando éste mejora y ellos no están en condiciones de realizar cambios es casi inevitable. Por otro lado, no ha tenido mejores resultados el mandar a los padres a analizarse sin el niño, siguiendo los lineamientos de Mannoni demasiado literalmente, diagnosticando un trastorno con origen en la dinámica inconsciente de la pareja parental e indicando un análisis personal para el "miembro inductor dominante". Esto ocurrió durante muchos años, tanto en Francia (lo denuncia Mathelin en "La primera entrevista con el psicoanalista 30 años después" [1995]) como en la Argentina.

En "Nota sobre el niño", de octubre de 1969, Lacan (2012) –con quien Mannoni supervisó cerca de veinte años– conceptualiza esta posición del niño como de **respuesta** a lo que hay de sintomático en la pareja parental.⁵ Pone el acento en que hay un sujeto que responde. ¿No merecería entonces ser escuchado?

Pero aun cuando pensemos en un niño-síntoma, si él deja la escena, deja de estar presente, se puede perder también el armado de la estructura analítica, que necesita del síntoma en tanto pregunta que instala la transferencia misma para que los padres "digan".

Entonces no es sin el niño. Pero tampoco es sin los padres.

¿Pero cómo hacer con el *timing* que requiere una familia?

Como lo proponen los Ortigues (1987): salir del clásico esquema *consulta por un niño-psicodiagnóstico-indicación de tratamiento*, y programar los encuentros según los padres los vayan pidiendo-tolerando en función de los conflictos que comienzan a desplegarse y la aceptación o no de los deseos emergentes.

⁵ También en esa nota Lacan introduce otra posibilidad menos auspiciosa: que el niño esté ubicado como objeto en el fantasma materno, y **realice la presencia de ese objeto**, obturando la carencia. Pero no es el caso de Piggle.

Mi hipótesis en este trabajo es que este diseño de tratamiento de Winnicott con la Piggie tiene implícitamente en cuenta el interjuego entre disposición al análisis y resistencia en los padres, y en consecuencia el mismo efecto terapéutico. A pesar de que casi desde el comienzo era Piggie la que reclamaba al Dr. Winnicott, estaba subyacente la demanda parental.

Psicoanálisis “*partagé*”⁶

Winnicott llama psicoanálisis “*partagé*” –*shared*, aclara– a su particular manera de trabajar con los padres. En este caso mayormente por intercambio epistolar, aunque en alguna sesión el padre participó prestándose como objeto al jugar de Piggie. Cartas donde los padres describen los síntomas de la niña, sus dichos, sus juegos, por un lado muy sensibles a lo que a ella le pasa, pero convirtiéndola también en portavoz. Y a veces hablan de sí mismos de forma explícita.

Winnicott, por su lado, les cuenta de Gabrielle, del proceso de análisis y hasta llega a enviarles una sesión transcripta. Lo define como “compartir material” con ellos. Y especifica: no es terapia familiar, no es tampoco trabajar el caso con ellos.

La publicación del caso Piggie se hizo posteriormente a su muerte. Según Clare, su esposa, Donald no llegó a tiempo para trabajar estas notas sobre la participación de los padres en el tratamiento de un niño (Winnicott, 1977).⁷

Podemos suponer que en ese hablar sobre el niño, también ellos “dicen”, así como el síntoma del niño dice de ellos.

Esa alteridad radical que constituye el Otro, al que se habla y desde donde se habla, en tanto se instala como lugar, posibilita que los padres también tomen la palabra. Se colocan en posición de buscar la verdad sobre sí mismos.

En el proceso mismo de escribir una carta en este contexto, el Otro está, y está el silencio. El que escribe encuentra la verdad en el despliegue de su propia palabra. El correo entre padres y analista –en papel antes, electrónico hoy día– pone a trabajar, en muchos casos, la transferencia simbólica.

En ese sentido, pienso que la técnica kleiniana, que evita en lo posible entrevistas con los padres, aduciendo los inevitables fenómenos transferenciales que “no corresponde al analista interpretar”, apunta sobre todo a la transferencia imaginaria, sede de todo tipo de apasionamientos.

Es habitual actualmente que realicemos tratamientos a distancia. Justamente porque se han acortado las “distancias” con el uso de Skype, los e-mails y la posibilidad

⁶ *Partagé*, en francés.

⁷ En el “Prefacio”, por Clare Winnicott y R. Shepherd.

de viajar en avión para realizar tratamientos a los que antes era imposible acceder. En el caso del psicoanálisis de niños, la participación de los padres, siempre imprescindible, puede, con el intercambio de e-mails, posibilitar que se constituya ese Otro sin que interfiera en la relación del niño con el analista. Salvando las distancias temporales, el caso Piggie es un ejemplo –o, más aun, la plataforma de lanzamiento– de estas nuevas modalidades.

Los padres hablan de sí mismos

La madre dice, ya en la primera carta-consulta, que piensa que Gabrielle enfermó porque tuvieron otro hijo “demasiado pronto”, y fundamentalmente por la propia ansiedad de ellos, los padres, al respecto. Lo ubican a Winnicott en un lugar de autoridad y reciben a cambio un reforzamiento o una habilitación en sus funciones parentales. Pero también se escucha la transferencia de lo infantil: en palabras de la madre de Gabrielle, el ser “dejados a la intemperie” (Winnicott, 1977).⁸

El padre escribió en nombre propio pocas veces. La primera fue justamente después de la primera consulta, cuando, luego de verlos a los tres juntos, Winnicott le pidió que aguardara con la nena en la sala de espera (¿lo dejó en la intemperie?) mientras tenía una entrevista con la madre.

“Confiesa” la culpa por no haber hecho mejor las cosas para no tener otro bebé tan pronto, pero además da a entender que había tensión en la pareja y habla de su propia impotencia por no encontrar algo significativo como respuesta al grito desesperado de Piggie: “Díganme algo acerca del babacar” (Winnicott, 1977, p. 20). O sea que es particularmente el padre el que se siente interpelado en su “no saber”. E impotente. ¿Impotente también frente a la madre? ¿Quizá porque ella no le da su lugar de padre?

Podríamos entonces considerar los síntomas de Piggie como respuesta a esta conflictiva parental.

El proceso del análisis

Es interesante notar que hubo, al principio, un padecimiento por “celos”; sin embargo los padres no consultaron en ese momento. El psicoanálisis tiene lugar cuando algo del orden de lo inconsciente comienza a constituirse y/o a tener efectos –no por

⁸ En el “*Afterword*”, escrito por los padres.

sentimientos (como los celos), que son en realidad del orden de lo imaginario-. El síntoma "pesadillas" es producto de simbolizaciones y fantasmaticaciones que empieza a tener lugar, *de forma insuficiente*, con un borde de angustia por donde se cuele lo real. Su madre también dice que, antes del nacimiento de su hermanita, Piggie era una "persona".⁹ Habla de una identidad, una identificación en juego que se pierde al nacer Susan. Desidentificación salvaje, va a decir Colette Soler (2007).

Si la relación edípica y su "timidez" con el padre y con Winnicott es la "clave" de la primera consulta (lo explicita así el analista), ésta debe tener su relación con la dinámica inconsciente que acontece en la pareja. Con su correlato en los dichos de Piggie. Ella dice, en la sesión número ocho: "Mi papá quiere a mi mamá. Mi mamá quiere a Susan. Papá me quiere a mí". En relación con esto, Colette Soler (2007) señala que falta el deseo de la madre por el padre. Pero son claros los deseos edípicos de la niña en relación al padre... ¿correspondidos?

Entonces la mujer busca ser madre para completarse con el falo imaginario. El hijo varón destinado a ocupar ese lugar no llega (a la madre, en su infancia sí le nació un hermanito varón), llega otra nena, y esto provoca la desilusión materna.

Piggie le cuenta al analista que su mamá le contó que, cuando nació Susan, quería un varón (Winnicott, 1977, p. 104). No es entonces sólo que para Piggie apareció otro objeto que ocupa ahora su lugar: es la propia decepción materna; es a la madre a quien no le llegó la completud esperada -en realidad imposible, sólo el Nombre del Padre podría atemperarla- y se vuelve "negra". El fantasma de la "mamá negra" de Piggie es reflejo de la decepción-negritud materna. El mismo Winnicott oscila en el historial entre pensar lo negro como odio o como decepción.

Sabemos por el padre sobre la tensión en la pareja: ¿el deseo de la madre por el padre que "falta" en los dichos de Gabrielle? ¿Se sentirá también impotente por no haberle podido dar un hijo varón a su mujer?

Pero luego de la novena sesión los padres relatan un gran cambio: una mejoría clínica; se la ve alegre, autónoma, creativa. Podemos suponer aquí instalados, psicoanálisis mediante, el Nombre del Padre y la castración simbólica. También, por otro lado, un acotamiento del goce del Otro: esa mamá negra, mamá devoradora del objeto que falta -y es porque la Falta no ha podido constituirse como Lugar en la estructura-. Podríamos entenderla también como figura del Superyó sádico que adquirió preponderancia, sumiéndola en la autodestrucción y el autorreproche, también síntomas.

C. Soler (2007) recorta en esta sesión la novela familiar que arma Gabrielle: *Susan y ella van a tener un hijo varón cuando sean grandes y se consigan un hombre-papá.*

⁹ *Person* en inglés está emparentada con carácter, personaje de teatro.

Dicho esto, la niña le dispara a la mamá negra con su revólver... en sueños. Símbolo fálico con el que perpetra un asesinato "simbolizante". La mamá negra ya no invade su vida, sólo viene en los sueños.

Se trata de una evidente mejoría clínica. Y el hito que da cuenta de esto es la aparición de la novela familiar para Soler. En las antípodas teóricas, hay sin embargo coincidencia clínica para Winnicott. Darán cuenta del cambio, en su teoría, las ansiedades depresivas que emergen en este momento: lo negro ya no es el objeto malo, sino el objeto perdido.

Pero, en este momento del análisis, después de la sesión número diez, ocurre que Winnicott no responde a la demanda de tener una nueva sesión. Dice en su carta que está muy ocupado (sabremos luego que también estuvo enfermo).

Los padres por ellos mismos

La madre escribe: "Yo digo lo que le pasa a P. pero yo misma estoy tan involucrada que no puedo opinar [...]. Mi preocupación de larga data de que la veo 'espuria' [se refiere a algo así como un "falso self"] no es momento ahora de traerla...". Se muestra vacilante, con dudas. Al mismo tiempo, Piggie le dicta sólo el inicio de una carta a Winnicott: "*Dear Mr. Winnicott, Dear Mr. Winnicott, Dear Mr. Winnicott*". Ya no es un doctor, es un simple señor. ¿Castración del Otro? ¿Caída de la transferencia?

Una vez retomadas las sesiones, con el fin de análisis ya en el horizonte, la madre escribe: "[...] Cómo me ayudó escribirle: darle forma a mi perplejidad y mis miedos, sabiendo que serían recibidos con mucho entendimiento y la sensación de estar en relación con Ud. Estoy segura que todo esto me sirvió para aliviar mis ansiedades con respecto a Gabrielle y encontrar una manera de relacionarme con ella. Mis ansiedades fueron muy intensas por el tiempo en que nació Susan. No recuerdo si le conté que tengo un hermano, con el cual estuve muy resentida, que nació cuando yo tenía casi exactamente la misma edad que Gabrielle cuando nació Susan".

A pesar de que Winnicott se centró en el análisis de Piggie –no de los padres–, de que puede haber habido material que no publicó –tanto de las cartas (consigna "extractos") como de las conversaciones telefónicas (quizás preservando la confidencialidad del caso)–, pienso que esta carta de la madre da cuenta del efecto que tuvo en ella el análisis de la niña.

Transcribo, finalmente, un fragmento del "Postfacio" (*Afterword*) escrito por los padres: "Ha sido de gran valor [...] participar en un proceso de crecimiento y reparación: esto ha prevenido lo que se observa a menudo: el sentimiento de los padres de ser dejados afuera en la intemperie, y presas entonces de sentimientos de

competencia y rivalidad con el terapeuta; o quizá de envidia hacia el niño o el terapeuta; o alternativamente para evitar esos sentimientos dolorosos, y para evitar obstruir el proceso analítico es posible que los padres se retraigan, saliéndose del campo de fuerzas de una relación viva con el chico, dejándolo en manos de un autoridad con más recursos y conocimiento.”

Pero, sabedores de las críticas que podrían provenir de los psicoanalistas de la época, se apresuraron a aclarar que fue así porque el analista era Winnicott, con su tacto, sensibilidad y gran experiencia. No por ello deja de ser un verdadero alegato para la inclusión de los padres en el análisis del niño.

BIBLIOGRAFÍA

- Lacan, J. (2012). Nota sobre el niño. En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- (1994). *El Seminario 4: La Relación de Objeto*. Buenos Aires: Paidós (Edición original 1956-1957.)
- Mathelin, C. (1995). La primera entrevista con el psicoanalista 30 años después. En *Clínica psicoanalítica con niños*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Ortigues, M.-C., y Ortigues, E. (1987). *Cómo se decide una psicoterapia de niños*. Barcelona: Gedisa.
- Soler, C. (2007). Una neurosis infantil. En *Lo que Lacan dijo de las mujeres*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1977). *The Piggle. An Account of the Psychoanalytic Treatment of a Little Girl*. Nueva York: International Universities Press.